

843  
9.  
PO 2231  
468  
56

BOE L'ARRABHO DUMAS, HISS.  
NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



# ANTONINA

CAPITULO I.

## DOS LINDOS PIECECITOS.

¿Le gustan á vd. las novelas que comienzan de esta manera: era una hermosa mañana . . . . ó si no: una bella noche de primavera, etc?—lo que es á mí me agradan infinito. Parece que se encuentra uno á sus anchuras; hay sol y aire, y se puede respirar con delicia; se conoce desde luego que va á tratarse de la naturaleza y del amor, de la juventud y de la poesía. Y arrojen léjos de mí á esos escritores que desde su primer capítulo os hacen entrar en invierno á una mala buardilla, en donde el frío os hiela la sangre, cuyas paredes desnudas se asemejan á las cuatro paredes de una tumba, y á donde mirais tiritar á alguna pobre familia tristemente agrupada al rededor de su último tizon!

¡Léjos de mí, digo, esos novelistas á quienes pedis una distracción para vuestros ratos de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEX.

ocio, y que os presentan ante los ojos la realidad sombría de la vida y la miseria, en lugar de haceros asistir al espectáculo magnífico de la creación del Señor! En buena hora, convido que escriban esos tristes cuadros, pero que lleguen á ellos como se llega á las buardillas, pasando por los primeros pisos, es decir, por entre las gentes dichosas.

No por esto el invierno carece de placeres; pero necesita ciertas condiciones.

Un aposento bien entapizado, con luengas cortinas de seda, que no dejan pasar mas que una débil claridad, aunque por dentro no se sepa qué tiempo hace, y si el cielo está gris ó azul; una tupida alfombra sobre la que en Diciembre puedan ponerse impunemente los piés desnudos; cuadros alegres con ricos marcos; cómodos y muelles sillones; un sofá sobre el cual pueda dormirse; flores, telas, colores; un gran fuego que chisporrotea, que ilumina, que da vida y alegría á todo ésto, y que hace al aposento caliente como un nido: una muger medio desnuda sobre su lecho, que no tiene que cubrirse hasta la boca con las colchas para evitar el frio: nada de esto causa tristeza mirarlo, ni desagradó el ponerlo en escena; sobre todo, cuando la muger es jóven, bonita y puede uno decírselo,

Mas á pesar de todo, nosotros conservamos nuestra predilección hácia la primavera, pues nos agrada mucho mas la alegría de toda la na-

turalidad, que la de un aposento aislado, y preferimos con mucho, la sombra del mes de Junio al hogar de Enero.

Hé aquí, pues, que en una hermosa mañana del mes de Mayo de 184... dos jóvenes se paseaban con los brazos entrelazados, bajo los arcos de la calle de Rívoli.

Serian las once, y nuestros dos nuevos conocidos acababan de almorzar.

Ambos eran de una misma estatura, y parecían tener la misma edad; pero el uno era rubio y el otro tenia los cabellos negros.

El rubio no tenia barbas, ó por lo ménos no las usaba. Sus ojos eran azules; sus mejillas estaban un poco pálidas, y habia en su rostro todo un no se qué de melancólico, que, sea dicho de paso, le sentaba perfectamente.

El moreno tenia los ojos muy negros, y usaba bigote y perilla; todo en él revelaba una salud de hierro: sus espaldas eran anchas; su paso era firme como el de un hombre que tiene una exuberancia de vida que gastar todos los dias, y fumaba, distracción de que se abstenia su compañero. Su rostro, así como el de su compañero, estaba lleno de cierta dulzura, que es como el sello de un buen corazón. Como todas las naturalezas fuertes y hermosas, este jóven amaba con todas sus facultades, así con su fuerza física, como con su fuerza moral. Su amistad estaba llena de franqueza, y nunca se

entibiaba, porque no era, ni habia sido la esclava de alguna preocupacion, de egoismo, ó de la enfermedad.

No sé si me esplico bien, pero quiero decir, que era uno de esos hombres que pueden probar su afeccion á cualquiera hora del dia, porque nada hay que embarace su existencia; ni costumbres, ni humores, ni nada de eso, en fin, que obliga á las demas gentes á ocuparse de tiempo en tiempo solo de ellas mismas. Pertenecia por entero á los que amaba, y era lo que se llama *un buen muchacho*.

El rubio se llamaba Edmundo de Péreux; el moreno tenia por nombre Gustavo Daumont.

Eran dos amigos de colegio, que se completaban admirablemente el uno con el otro.

Edmundo, educado por su madre, que quedaba viuda cuando él contaba tres años, tenia todas las costumbres y, aun diré, casi todas las manías femeniles.

Gustavo, por el contrario, huérfano desde su infancia, habia sido educado de un modo demasiado severo por un tutor gotoso; educacion que, gracias á su naturaleza sólida, y præcoz, se habia aprovechado bastante.

Desde la edad de tres años, Gustavo habia entrado al colegio, miéntras que la señora de Péreux no quiso poner en él á Edmundo sino hasta que tuvo quince.

Gustavo desde el principio adivinó en su nue-

vo camarada todo el carácter tímido y cándido del niño educado por su madre, y desde luego se hizo el amigo y el protector de Edmundo. Como se ve, la amistad de estos dos jóvenes habia tenido principio en el colegio, mas se fortificó en el mundo. No pasaba un dia sin que ámbos dejaran de verse.

Gustavo amaba á Edmundo como un padre ama á su hijo. No era mayor que él en edad; pero la gran fuerza de que se hallaba dotado y aquella especie de proteccion que le habia prestado en el colegio, lo envejecian, por decirlo así, á los ojos de Edmundo, y lo habian revestido para con él, de cierta autoridad paternal, de la que nunca abusaba.

Un dia la señora de Péreux dijo á Gustavo:

—Gustavo, cuidé vd. mucho de mi hijo.

Y desde este dia Daumont habia mirado como un deber sagrado lo que hasta entónces no fuera mas que uno de los placeres de su amistad.

Es preciso decir ademas, que de vez en cuando, Gustavo habia sorprendido á la señora de Péreux clavando su mirada llena de inquietud sobre Edmundo. Esto sucedia en los dias en que éste parecia mas pálido ó meditabundo que de costumbre. En aquella inquietud de madre, Gustavo fortificó su resolucion, y en cierta vez dijo á la señora de Péreux estrechándola una mano:

—No tenga vd. cuidado; aquí estoy yo.

Hé aquí lo que eran y lo que habían sido Edmundo y Gustavo hasta el día en que hacemos conocimiento de ellos: grande y sincera era la afección del uno por el otro, un poco obediente por parte del primero, algo protectora y grave por parte del otro, á consecuencia de las causas que hemos mencionado brevemente.

Nuestros dos amigos se paseaban, como ya hemos dicho, bajo los arcos de la calle de *Rivoli* una linda mañana de Mayo.

Platicaban con ese aire de intimidad propio de los primeros años. De repente Edmundo se detuvo delante de una tienda de tabaco.

—Espérame, dijo á Gustavo, voy á comprar algunos puros.

—Es inútil, respondió éste, volviendo á enlazar su brazo con el de su amigo.

—¿Por qué ha de ser inútil?

—Porque te ha de hacer mal el fumar.

—Pero, tú fumas y . . . .

—Oh! yo, es muy diferente; ya estoy acostumbrado . . . y luego, que eso ha de molestar á tu madre.

Edmundo no chistó una palabra mas, y prosiguieron su paseo.

En el momento en que llegaban á la calle *Castiglione*, tuvieron que detenerse, para dejar pasar á un señor y á una jóven que lo acompañaba.

El señor, á pesar de lo aventajado de la estacion, se hallaba abrigado con un redingote á lo propietario. Tenia un aspecto tranquilo y simpático, y parecia contar de cincuenta á cincuenta y cinco años de edad. Su cabellera estaba ligeramente cana, y usaba un sombrero de copa baja con el ala bastante ancha; llevaba en la mano un bastoncillo con puño de ébano, y en uno de los ojales de su saco se veia la cinta roja de la *Legion de honor*.

Dirémos en obsequio de la verdad, que no llamó mucho la atencion de nuestros dos jóvenes, quienes ni aun hubieran echado de ver á la muchacha, á no ser por una circunstancia que vamos á referir.

Aquella muchacha tenia una figura graciosa y agradable, que Edmundo apenas entrevió, porque ella marchaba muy de prisa: por lo que hace á Gustavo, iba mirando de otro lado.

La niña, que representaba tener diez y seis ó diez y siete años, era mas bien chica de cuerpo que alta: llevaba un vestido color de flor de romero, una manteleta de seda negra, un sombrero de paja, una sombrilla verde; trage muy sencillo, como se ve, y que no estaba destinado para atraer las miradas.

Edmundo y Gustavo iban á continuar su camino, cuando abandonando el brazo de su padre la jóven, se puso á andar sobre la punta de los piés, alzándose un poco el vestido, á fin de

atravesar sin enlodarse, la calle de Rívoli, llena de fango en aquel lugar.

Vais á preguntarme indudablemente, cómo era, que en una hermosa mañana del mes de Mayo la calle de Rívoli se encontraba llena de agua y lodo. Pues la cosa es muy sencilla. Cuando ménos, hacia ocho días que no llovía; pero hay en Paris una empresa que suple admirablemente á la lluvia; es la empresa de los *carros-regaderas*, tan empeñada en ganar con justicia el dinero, que por donde quiera que pasa, deja, no solo agua, sino tambien lodo, y bastante.

Uno de dichos carros acababa de pasar.

La muchacha alzõ, pues, su vestido, y Edmundo que la seguia maquinalmente con la vista, pudo ver dos lindísimos piececitos, calzados con coquetería, el principio de dos piernas finas y torneadas, hasta un poco mas arriba del tobillo, y cuyos contornos iban anchándose poco á poco, lo cual prometia dos piernas. . . . como no se ven á menudo sino en las pinturas de Correggio ó en las estatuas de Pradier.

Y nada hay mas atractivo como un par de piernas lindas! . . . .

Yo no sé por qué; pero aquellos piececitos que trotaban sobre el pavimento, esas medias blancas y restiradas, esa pierna, de la cual no se veia más que un pedazo, y que se dejaba adivinar toda entera por lo poco que mostraba,

todo esto tiene un poder inesplicable sobre la imaginacion de los hombres.

Hasta me atreveré á decir, que la necesidad de levantarse las mugeres los vestidos en invierno para no mancharlos con el lodo de las calles, es uno de los mayores consuelos del invierno.

Edmundo era como todos los hombres: consideró por algunos momentos con placer aquellos dos piececitos monísimos, finos, lustrosos, tan llenos de precauciones, aquel par de piernas precoces, y dijo á Gustavo:

—¿No has visto qué linda muchacha acaba de pasar con su padre?

—No; ¿cuál? preguntó Gustavo.

—Aquella, que va por ahí, continuó Edmundo, señalando á la jõven.

—¿Y es bonita? replicó Gustavo.

—Encantadora, amigo mio. . . . ¡mira qué lindas piernas, qué chulísimos pies! . . . .

—¿Y estás enamorado?

—¿Si la siguiéramos! dijo tímidamente Edmundo.

—¿Para qué?

—Para seguirla.

—Pardiez! . . . he aquí un placer singular. . . ¡y de qué te servirá seguir á esa muchacha que va con su padre?

—De nada. . . pero puesto que nos paseamos sin destino fijo. . . no hay inconveniente

en que lo hagamos detras de dos piernecitas como esas. . . .

—Cuando ella llegue á las Tullerías, dejará caer su vestido, y no verás mas.

—Entónces nos pasaremos por delante, y miraremos su rostro. . . . y luego sabremos dónde vive.

—Para nada nos servirá.

—¿Quién sabe?

—Vamos! sigámosla, puesto que ello te divierte y no tenemos otra cosa que hacer.

Edmundo y Gustavo apresuraron el paso, y bien pronto se pusieron á poca distancia del anciano y su hija.

Tan luego como hubieron entrado al jardin de las Tullerías, el padre, que no tenia ya que temer por sí ni por su niña los coches, se colocó sus gafas, sacó del bolsillo un inmenso periódico y se puso á leer, sin dejar de marchar tranquilamente hácia el *Puente-Real*.

La jóven habia cerrado su sombrilla y caminaba al lado del anciano.

Daumont y de Péreux las seguian platicando entre sí.

—Puede ser que sea la muger de ese caballero, decia Edmundo.

—¿Estás loco?

—¿Se han visto tantos viejos casarse con mugeres muy jóvenes!

—Pero se conoce desde luego que esa no es una muger casada.

—¿En qué?

—En todo, querido amigo; no tiene ni el aspecto, ni la edad, ni el traje, ni el talle de una muger casada.

—Pues de cualquiera manera que sea, ha de ser encantadora. Pasemos por delante para verla. . . .

—Pasemos.

Los dos jóvenes apresuraron de nuevo el paso, y cuando se hallaron á alguna distancia del anciano, se detuvieron como dos personas que desean ver á los que venian detras de ellos.

Aquel movimiento y la intencion no se escaparon por cierto á la jóven, quien bajó los ojos, sin gazmoñería ni afectacion, sino simplemente, para no mirar frente á frente á dos hombres desconocidos.

—¿Qué linda es! murmuró Edmundo.

—En efecto, contestó Gustavo, tiene una cabeza hermosa, ojos grandes y cabellos soberbios.

—¿Y te arrepientes ahora de haberla seguido?

—No; pero confiesa que esto de nada nos sirve.

—Nos sirve para ver á una muger bonita, ocupacion que nunca es de despreciarse.

Y á pesar suyo, Edmundo volvió otra vez el rostro hácia la niña, quien esta ocasion se ruborizó. Aquella pertinacia la embarazaba.

El caballero, absorto en la lectura de su periódico, nada veía de todo esto.

—No la mires tan amenudo, dijo Gustavo á su amigo; eso podrá desagradarla.

—Tienes razon; volvamos á ponernos detras de ella, y así no sabrá que la seguimos, y podrémos contemplarla á todo nuestro placer. ¡Con tal que hayan regado todas las calles, y viva muy léjos!

Edmundo y Gustavo retrocedieron, pero de tal manera, que aquella á quien seguían, comprendió inmediatamente por qué lo hacian, y aunque ya no los vió mas y ni aun los oía, estaba segura de que marchaban detras de ella y por ella.

Nunca habrá impedimento para que una muger deje de adivinar esta clase de cosas.

La jóven presentia que era seguida, pero hubiera querido asegurarse de ello.

¿Creerémos que era por coquetería? Ciertamente no; cuando mas era por curiosidad, y por ese sentimiento innato de vanidad que hay en el corazon de todas las jóvenes, que las lisonjea de un homenaje tanto mas cuanto es mas indirecto.

Muy rara ocasion se incomoda una muger porque la sigan, sobre todo, cuando tiene la conciencia como la dé que tratamos aquí; que ella de ninguna manera ha autorizado esa galantería indiscreta, y ménos cuando los que lo ha-

cen son personas de educacion, incapaces de una tentativa imprudente ó de mal gusto.

Nuestra heroína indudablemente no discurre tanto como nosotros lo hemos hecho; pero lo que sí podemos asegurar, y lo repetimos, es, que la curiosidad de los dos jóvenes no la desagradaba.

Las muchachas gustan infinito de estas pequeñas aventuras, de las cuales saben muy bien que nada tienen que temer; aventuras que las prueba que son mugeres, que se cuentan mutuamente, y que dan motivo á sus imaginaciones, para levantar castillos en el aire, cuando se encuentran por la noche solas en sus pensamientos y sus esperanzas.

He aquí por qué nuestra heroína deseaba con ahinco saber si los jóvenes la seguían todavía. Desearlo era muy natural, muy digno de escusa; la dificultad estaba en el modo de saberlo.

La muchacha no temia que su padre percibiera su deseo, pero no queria que los desconocidos adivinaran su curiosidad, y sacaron de ella algun pronóstico.

Despues de haber reflexionado largamente sobre este punto, ella se quitó con mucho tiento uno de sus guantes, y lo dejó caer, continuando sus pasos como si no hubiera percibido esta pérdida, que habian notado ya Edmundo y Gustavo, y en la cual ni aun remotamente suponian alguna intencion.

—¡Qué hermosa ocasión! dijo Edmundo, y separándose del brazo de su amigo, corrió á levantar el guante, en el momento mismo en que la linda jóven iba á aparentar que lo echaba de ménos, creyendo que ya habia pasado el tiempo suficiente.

—Señorita, le dijo acercándose á ella, saludándola, presentándola el objeto caído, y devorándola al mismo tiempo con su mirada: he aquí un guante que acaba usted de perder. . .

—Mil gracias, señor, balbuceó la doncella, ruborizándose y bajando los ojos, y recibió su guante.

El viejo, oyendo hablar á su hija con alguno, la miró y la dijo:

—¿Qué cosa sucede?

—Papá, respondió la niña, es el señor que ha tenido la bondad de levantar y devolverme uno de mis guantes que habia dejado caer.

El anciano dió las gracias á Edmundo sin mirarlo siquiera, y prosiguió la lectura de su periódico.

Después de este pequeño incidente, Edmundo fué á reunirse con Gustavo, quien le dijo:

—Vamos, ¿estás contento?

—Encantado, querido mio; esa muchacha es seductora, y no sé si me engañe, pero me ha parecido que lo que he hecho, no le ha desagradado.

—Es porque hacias una cosa muy sencilla.

—No por eso me palpita ménos el corazón.

—Eres un loco; volvamos ahora á tu casa.

—Nada de eso, quiero saber dónde vive.

—¿Quieres seguirla todavía?

—No me detendré en tan buen camino.

—Después de lo que acaba de pasar, no ha de ser muy conveniente que tú sigas el mismo camino que esa jóven.

—¿Y quién le ha de saber?

—Ella.

—¿De qué manera?

—Antes de diez minutos habrá encontrado oportunidad para volver el rostro. Ya conozco muy bien lo que son las mugeres.

—No me desagradará que sepa que la sigo.

—De nada absolutamente te ha de servir.

—Nadie sabe lo que puede suceder.

—No te has de presentar en casa de ella . . .

—No.

—Tampoco le has de escribir . . .

—Ménos. Pero sabré en dónde vive. Vagaré por los alrededores de su mansion, y sin que tenga necesidad de hablarla ni de escribirla, á fuerza de encontrarme á la par, comprenderá que estoy enamorado de ella, y esto será siempre un buen antecedente.

Ademas, me agradan mucho los amores platónicos. . . . Un dia se casará ella sin duda: un marido no es como un padre, ni una esposa es como una doncella . . . entónces me haré presentar en su casa y la haré la corte. . .



—Canario! miras tú las cosas desde lejos.

Durante este tiempo, el padre y su hija habian salido de las Tullerías, y se hallaban en el *Puente Real*, por donde pasa siempre mucha gente. La linda muchacha calculó que podia volver un poco la cabeza en medio de tantos pasantes, sin correr el riesgo de que aquel movimiento fuera visto. Miró, pues, rápidamente hácia atras, y á cosa de veinte pasos percibió á sus dos perseguidores, á quienes no se escapó aquel movimiento de curiosidad.

—Nos ha mirado, dijo Edmundo.

—¿No te habia yo dicho que voltearia el rostro? contestó Gustavo.

—Pero, querido, nada habria de extraño en que ella fuera casada . . . .

—¿Con ese viejo . . . !

—No, puesto que lo ha llamado *papá*, pero sí con algun otro. Hay muchas mugeres que á su edad llevan ya un año de casadas. Por lo demas, ya lo sabrémos pronto . . . .

Los dos amigos pasaron su tiempo haciendo suposiciones, y Edmundo, delirando con la mirada que la jóven le habia dirigido al darle las gracias, como tenia en su imaginacion una multitud de probabilidades muy lisonjeras, respecto á él, pero que por esta misma razon no se atrevia á comunicar á su compañero.

Apresurémonos, sin embargo, á decir, que Edmundo no era ningun fatuo, y que por el con-

trario, en amor, era tímido y sin esperiencia hasta un grado increíble.

Y cuando no se conoce uno en materia de amores, pueden hacerse tantos suposiciones, como las que se conocen demasiado.

El anciano y su compañera habian tomado la calle de Bac, la habian atravesado y torcieron á la izquierda, entrando á la de *Lille*, en donde se detuvieron en el número 18.

En el momento de atravesar la puerta de esta casa, la muchacha habia mirado de nuevo hácia un lado, lo mas imperceptiblemente que pudo, y habia visto otra vez á los dos jóvenes.

—¿Qué irán á hacer ahora? pensó ella.

Y como ella tampoco tenia ninguna esperiencia en amor, comenzó á temer que la historia del guante no hubiera sido una reprehensible ligereza ó una falta peligrosa, por la que hubiera que arrepentirse.

